

más, que en el dominio de las ideas, salga del círculo del intelectualismo racionalista en que se mantienen todavía algunos profesores de Chile y Argentina; un espíritu como el suyo no puede permanecer indiferente al renacimiento del idealismo filosófico que comienza a iluminar el pensamiento occidental. Extendiendo sobre el mundo una mirada rápida y segura, Donoso ha sabido juzgar los hombres y las obras. Y si se considera que nació en 1887, uno se queda sorprendido de una labor tan amplia!».

En la antología de Contreras, los prosistas líricos y los poetas ocupan sitio privilegiado. Historiadores y oradores están ausentes. Si la América latina es el paraíso de los poetas —perfume de bosques, cielos azules, vientos que soplan desde el mar, amores violentos y contenidos de los corazones españoles, tantos temas, en fin, que hablan a la imaginación— no es menos la patria de los historiadores y de los oradores. Nos habría agradado que el autor mencionase la obra de Francisco García Calderón, a quien, Gabriela Mistral, en un artículo de *El Mercurio*, calificó de guía intelectual de la juventud hispanoamericana. Contreras omite también los nombres de Monseñor Crescente Errázuriz, notable historiador, y de José Toribio Medina, cuyo trabajos tienen autoridad en Europa. En cuanto a los oradores del Nuevo Mundo, han alcanzado tal grado de perfección, que sus discursos recuerdan las cé-

lebres arengas de Mirabeau—Atila de la elocuencia, según la expresión de Rivarol—de Mun y de Jaurés. A este respecto, recordamos una conversación con nuestro amigo y maestro Omer Emeth, en el curso de la cual éste evocaba el talento oratorio de numerosos hombres públicos chilenos. El arte de la elocuencia, ha ilustrado el púlpito, el foro, la tribuna parlamentaria. ¿Las obras maestras de Bossuet y de Massillon no están en todos los manuales de literatura francesa? Disponiendo de poco espacio, no hemos intentado un análisis racional del conjunto de las observaciones de Contreras. Lo que acaba de leerse, es tan solo una serie de notas puestas al margen de su libro. Sus ensayos representan una preciosa contribución en la historia de las letras hispanoamericanas. Precisan las nuevas orientaciones literarias y permiten distinguir el «clima intelectual» de los escritores, cuya personalidad y cuyo nacionalismo son testimonio de la unidad espiritual de la América Latina. —*Gallus*.

ANOTACIÓN A LA OBRA DISPERSA DE MAGDALENA PETIT.

Después de un largo y activo aislamiento, la personalidad de Magdalena Petit, sale al mundo literario, reconfortada de meditación, fuerte en cultura, concedora de su propio problema.

¿Cuál es su obra? ¿Los estudios de Proust? ¿Reflexiones, Rosa Manheim, algún libro inédito, otros artículos interesantes? Sí y no. A pesar de la versión que ha hecho en un

conjunto de madurez, de la vida de su pensamiento, de sus horas, hoy nos interesa ella, únicamente. ¿Por qué? ¿Lleva una premeditada arbitrariedad el rumbo de nuestro juicio? Sí y no. Es que Magdalena Petit ha trabajado en sí misma durante años, como en un laboratorio. Ha comprendido su naturaleza, olvidando el sentido de su privilegio. La presentimos en una continua lucha con el exterior vano que, sin duda, pugna por llegar hasta el seno de su índole femenina, absorbida por la conciencia de una revolución presurosa.

Imaginamos su primer artículo como una traición a esa soledad honda, más valiosa que una fama justa. Es la primera vez—conociendo los casos de la mayoría de nuestras escritoras—que una mujer inteligente, de temperamento exquisito, desoye la atrayente publicidad, llevada por un ejemplar deseo de lograr ese vértice donde convergen la experiencia de una vida y una cultura. El vértice que es la base incommovible del mérito real de un escritor efectivo. Ahora que, la red de lo inédito se desfloca y nos entrega la luz que recataba, junto con agradecer, sentimos que se rompa esa trama de silencio, impregnada con la palabra clara e inaudible de Magdalena Petit. Lo sentimos por sus propósitos...

Galileo fué quien formuló un principio totalmente renovado para sostener su «ciencia nueva de asuntos antiquísimos». «Sólo es necesario medir lo que se puede medir y hacer mesurable lo que todavía no se puede medir». Este profundo sentido

de proporción y vastedad modernos, en todo orden, es la clave de los escritos de Magdalena Petit.

La autora de los agudos análisis de la obra de Proust, ha tenido también para Nietzsche una compenetración meridiana. Quizá intuyera más allá del límite hasta que es comprensible el gran filósofo alemán, limitado al fin de su vida por una locura específica. El fruto aparece en sus «Reflexiones» y en «Rosa Manheim».

Comprendemos la sensación de plenitud que experimentó Magdalena Petit al leer a Proust. Su análisis de los seres y de las cosas no es el «cualitativo» que caracteriza a los de la antigüedad y al del eterno femenino—hábil o inhábil—sino «cuantitativo», es decir, dinámico, intermediario. La vemos embebida frente a una mariposa o ante un caso humano, percibiendo el más leve matiz, escuchando extasiada el rumor del movimiento infinito que los genera. Magdalena Petit tiene derecho para desbrozar a un Proust y a un Debussy.

Su intensa cultura constituye el vigor de sus escritos. Se le ha vuelto orgánica. El palpito reemplaza a la memoria.

Nos sorprende su amplia y equilibrada comprensión humana. Qué distantes están nuestras escritoras de su equidad sentimental, qué lejanas a su cabal realismo psicológico.

En ocasiones, sorprendemos la traición que el tono o el molde hacen a su plan ideológico. Pero cuando nos distanciamos de sus páginas, junto con el resurgimiento de nues-

tro sentido avizor, nos viene el placer de una sensación virgen, cuajada mientras leíamos.

Schiller escribía a Goethe, diciéndole que en su obra hallaba el fuerte apoyo del concepto, la luz; que él tan sólo se contentaba con crear formas. Y tan definitivas eran, que transmutaban las ideas adquiridas hasta el punto de valorizarlas doblemente. En general, la literatura femenina chilena no hace otra cosa. Con un poco de la fuerza y la franqueza de Schiller, algo alcanzarían en su planicie. Nos interesa la escritora que recién impulsa una obra integral, largamente detenida en una laboriosa y prolífica soledad.—*Carlos Vattier B.*

POESIA

LAS SEÑALES FURTIVAS, por *Enrique González Martínez* (1).

Ha alcanzado una segunda edición el pequeño libro del poeta mejicano, que ya tiene en su patria y en todos los países de habla española, la merecida consagración de ser uno de los más positivos valores líricos del idioma.

Las características principales de la poesía de González Martínez son conocidas. Es un poeta silencioso, cuyos versos recogidos, íntimos, llenos de sugerencias de un misticismo desconsolado y triste, han sido celebrados por dos generaciones. Las breves sentencias de una sabiduría humilde de que sus poemas nos dan tantas muestras, y la inquietud extraña por el significado personalísi-

(1) Calleja 1927.

mo de las más pequeñas emociones han hecho de este poeta, un lírico de selección que no alcanza una popularidad extensa, pero que ostenta un nombre prestigioso entre los círculos de aficionados a las bellas letras.

En el libro que nos ocupa, hay un rasgo del espíritu del poeta que creemos aparece por vez primera en su producción. En «Silenter», «La hora inútil» y tantas otras bellas cosechas de este sembrador infatigable, percibimos las cualidades que rápidamente ya hemos señalado. En este último libro, hay en no pocos de sus poemas una dosis apreciable de un humorismo muy personal, humorismo desconsolado y triste, como sus entusiasmos, como sus convicciones, como su obra.

En este espíritu para quien la pena hubo de disfrazar el grito de su desconsuelo en un llanto ahogado—«llorar, si hay que llorar, como la fuente, escondida»—y en el que la delicadeza aguda de su alma privilegiada puso un temblor de ansiedad en las angustias cotidianas de la vida, la burla, una pequeña burla a ras de suelo, realista y simple, le ha hecho dibujar en su espíritu una sonrisa humorística.

Veamos una muestra:

Trópico—papagayos—oferta en por-
[tugués—
cielo color añil—
comentario burgués
sobre la gran riqueza del Brasil...
Anteojos clavados en los indiferen-
[tes caseríos...
Allegro, ma non troppo—
engañosos desvíos
de mujer que se burla de un piropo...